

SILICOLONIZACIÓN: la subjetividad arrebatada

**Alberto
Constante**
(Coord.)



Silicolonización: la subjetividad arrebatada

Alberto Constante
Coordinador

Alberto Constante

México: Editores y Viceversa, 2021.

p.268; 13.5 x 21 cm

ISBN Viceversa: 978-607-99602-4-7

ISBN UNAM: 978-607-30-6236-7

2. Ensayos filosóficos

2022 Alberto Constante (Coordinador)

Silicolonización: La subjetividad arrebatada —Primera edición— Ciudad de México

D.R. © 2022 Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

Circuito Escolar s/n Ciudad Universitaria, Código Postal 04510, Alcaldía Coyoacán Ciudad de México.

ISBN: 978-607-30-6236-7

D.R. © 2022 Editorial Viceversa

Colima 67, colonia Miguel Hidalgo. Tlalpan, Ciudad de México, CP 14250.

ISBN: 978-607-99602-4-7

Esta publicación es resultado del proyecto PAPIIT IN405520 “La silicolonización del mundo, su rol político, artístico y social, y el cambio en la subjetividad”, suscrito al Programa de apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM.

Este libro acreditó el proceso de revisión por pares bajo la modalidad “doble ciego” recurriendo a dictaminadores externos a la institución.

Diseño de portada: Karina Lee Lomelí Contreras

Diseño de interiores y formación: Brenda Castillo/Edmundo García Saldaña

Todos los Derechos Reservados©

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la copia o la grabación sin la previa autorización por escrito de los editores.

Índice

Prólogo Alberto Constante.....	1
Cultura digital del odio. Violencia y afecto hostil Arturo Aguirre Moreno.....	7
Tinder: la red social sexual o la e-Celestina Alberto José Luis Carrillo Canán/Karla I. Hernández Flores.....	27
Algoritmos y la ilusión de la felicidad Alberto Constante.....	55
Devenir totémico de la tecnología digital Ramón Chaverri Soto.....	73
El desfallecimiento de la <i>communitas</i> frente al desierto de la asfixiante individualidad Donovan Adrián Hernández Castellanos.....	98
Vigilar y controlar. Las redes sociales y el poder instrumentario Bily López.....	123
El Centinela: Entre la tendencia tecno-totalitarista y la urgencia de agenciarse la vida Mayra Eréndira Nava Becerra/Víctor Manuel Alvarado García....	144
¿Es público lo privado? Intimidad y algoritmo en las redes sociales Alejandra Rivera Quintero.....	163
La seda de Aracne: lenguaje, dinero y cibernética Arturo Romero Contreras.....	189
Facebook: gubernamentalidad <i>versus</i> selectividad estratégica Enrique Sandoval.....	213
Posverdad: aproximaciones hacia el hecho, la verdad y la mentira Valentina Tolentino Sanjuan.....	229
Odio y redes sociodigitales Ana Ma. Valle/Marco A. Jiménez.....	246

La seda de Aracne: lenguaje, dinero y cibernética ¹

Arturo Romero Contreras

rcarturo@gmail.com

FFyL, BUAP

1. Introducción: el nudo entre lenguaje, dinero y cibernética

Nuestra época está trenzada en el nudo entre lenguaje, dinero y cibernética. Este nudo lo ha elaborado Aracne, la tejedora que retó a Atenea, diosa de las artes y la sabiduría. La diosa la castigó transformándola en araña. Pero el ingenio de las arañas no tiene parangón y sigue retando toda empresa lúcida y consciente de construcción humana. Las relaciones recíprocas entre lenguaje, dinero y cibernética nos confrontan con los debates clásicos entre sentido y estructura, técnica y poesía, naturaleza y artificialidad, propiedad y enajenación, etc. Solemos interpretar la red desde su aspecto social y económico. Tenemos idea de cómo funciona el *big data* para la creación y producción de perfiles de consumo. Sabemos cómo la diversidad liberal ha convertido la vida en “estilo” y el “estilo” en nicho de consumo. Hablamos del modo en que las relaciones sociales se alienan en la red, de cómo se construyen ideales opresivos y de cómo manipulamos nuestro rostro y personalidad como si fueran el *front end* de nuestro sistema, es decir, la cara visible y presentable de la tienda, que oculta todo proceso que la hace posible. Pero muy poco decimos sobre su relación con el lenguaje. Y no me refiero a cómo nos vemos forzados a acortar nuestras frases (por regla, como Twitter o por necesidad con en los mensajes por celular) o a usar imágenes en vez de palabras (de los emoticones a los memes). Me refiero a la captura (en el sentido de volverse preso) y codificación (en el sentido de un objetivo que perseguimos) del lenguaje y del pensamiento (en tanto articulado por un lenguaje) por las máquinas. Las máquinas son

¹ La sección 4 de este artículo: *Dos problemas concretos*, retoma secciones de artículos que he publicado en el periódico electrónico e-consulta con el nombre: *La (relativamente) escandalosa inteligencia artificial; Las virtudes de la estupidez y contra el supuesto determinismo neuronal; Dinero e internet: la conquista del futuro por la virtualidad y la privatización del vínculo social*. Los textos pueden encontrarse en: <https://www.e-consulta.com/autores/Arturo%20Romero%20Contreras/pagina-1>

“inteligentes” en tanto pueden operar sobre un lenguaje. No digo que hablen. Pero basta que puedan operar sobre él para lograr efectos en nosotros. El siglo XX se levantó contra la metafísica en el terreno del lenguaje. De un lenguaje purgado de toda lógica, de toda estructura, de todo carácter material. Era un lenguaje capaz de hacer frente a la técnica gracias a su poder poético, generador de sentido. Pero es imposible disimular la dimensión mecánica, lógica y material del lenguaje. Y esto lo que hace posible producir máquinas que procesen palabras, sintaxis y usos, lo cual implica no solamente considerar modelos ideales, sino también todas sus variaciones. Rara vez son las mismas personas las que elaboran una crítica a la técnica (usualmente en los pasos de Heidegger y el romanticismo alemán) y al capitalismo (usualmente en los pasos de Marx) al mismo tiempo. Por más que Marx y Heidegger hayan sido dos de las grandes avenidas del pensar en el siglo XX, rara vez se habló de un *Dasein* (ser-ahí) comunista o de una expropiación de los medios de producción del mundo circundante (*Umwelt*), o de que poéticamente se habita con los medios de producción, mucho menos de cómo se encuentran los caminos de bosque con los caminos pavimentados de la ciudad. Aquí presentamos tres registros: el lenguaje, el dinero y la cibernética, con el fin de mostrar los puntos de enlace. La hipótesis es que no podemos oponer sin más el lenguaje humano a la tecnificación, porque el lenguaje tiene un elemento técnico en sí mismo. El capitalismo no puede entenderse fuera de sus relaciones con un sistema de signos como el dinero, el cual es introducido en una enorme máquina calculatoria gracias a la computación, y es introducido en la máquina ideológica inconsciente gracias al lenguaje. Desde luego que han discutido las relaciones entre la economía lingüística y el dinero. Pero se ha leído al dinero como un sistema semiótico privándolo de su relación con la abstracción que hace posible el comercio pero que vuelve grises las cosas. O bien, se ha considerado el carácter “económico” del signo, sin que con ello exista ninguna relación con los modos de producción o la materia en general. La subjetividad estructurada por las relaciones de producción es una tesis de Marx. La subjetividad estructurada por el lenguaje es una tesis estructuralista. La subjetividad estructurada por la cibernética es un tema que poco hemos tocado y que se ha dejado, de manera muy parcial, en manos de los neurocientíficos.

2. Lenguaje, dinero y cibernética: campos de análisis

Consideramos el lenguaje como el elemento más propio de lo humano. Le reconocemos varias funciones simultáneas que no pueden articularse unas con las otras. En primer lugar es, como en el Génesis, un sistema de nombres. Rosenzweig escribe en el *Librillo del sentido común sano y enfermo* que en el nombre las cosas, perecederas y cambiantes, reciben un hogar estable. En el nombre las reconocemos, las invocamos, las recordamos. Pero para ser más precisos, diríamos que el lenguaje toca las cosas, pero ni las atrapa ni las devora. Nombremos ese pedazo de madera mesa. A la mesa no le importa, igual la veremos pudrirse y desintegrarse porque la madera sigue su curso. Habrá un umbral en el que no sabremos más si aquello es una mesa, sin menoscabo de nuestras palabras. Las palabras son más como enredaderas, siguiendo su propio curso, buscando la luz que las alimenta, pero rozando las cosas, tocándolas tangencialmente, sin penetrarlas, a menos que ellas mismas se partan materialmente en dos. El lenguaje enredadera toca las cosas, pero no las toca por completo, las roza, o las rodea. Tampoco las toca tocas. No crece siguiéndolas, pero se sostiene en ellas. Si abrimos una hoja ~~esta~~ no tiene trazas de las cosas, no las posee internamente, no las devora. Las contornea en su conjunto.

En segundo lugar, el lenguaje es una conquista sobre la presencia. Relacionado con el punto anterior, el lenguaje prescinde de las cosas conservando solamente su huella o incluso solamente su forma o estructura. El lenguaje deja de ser meramente un sistema de representación de las cosas del mundo para producir un mundo. Aquí no hablamos de la función puramente productiva del lenguaje, sino de su capacidad de prescindir de la presencia inmediata, ensanchando el mundo de lo actual. Las palabras tienen sentido incluso en ausencia de lo nombrado. Hablamos de situaciones pasadas como si fueran actuales. Podemos también hablar de situación futuras, probables o improbables. Lo pasado puede adquirir nuevos valores porque lo modificamos por las interpretaciones como si fuera algo presente. Y lo que decimos del futuro puede tener tanto efecto en nosotros como lo estricta o inmediatamente presente. El lenguaje supone una conquista sobre el tiempo y el espacio. Sí, el lenguaje tiene su propia temporalidad y su espacialidad, su forma o estructura, pero ellas diferir las cosas, prometerlas, hablar de ellas prescindiendo de su

presencia. El lenguaje puede prescindir de la presencia porque retiene su huella en la escritura, es memoria material, si se quiere. Esta posición no debe leerse como constructivista, es decir, como si el lenguaje fuese un sistema autosuficiente. Es más bien un modelo conflictivo con la referencia, que resulta diferida, pero no se prescinde de ella. Ello es lo que produce que las palabras se vuelvan vacías un buen día. Una cosa es el lenguaje como estructura y otra el habla, en el cual aquel es *usado*. Es en el uso donde medimos la inadecuación de las palabras con las cosas y las situaciones.

En tercer lugar, el lenguaje es ese sistema de signos regido por principios propios, sin necesidad de las cosas para operar. En juego de diferencias duales: sí-no, abierto-cerrado, dentro-fuera, verdadero-falso. Y es también un juego donde las palabras cumplen funciones en oraciones sintácticamente bien definidas. Nada distinto de los lenguajes de programación, que en última instancia descansan sobre la lógica y sobre los sistemas formales en general.

En cuarto lugar, es el ámbito de la retórica y lo que llama performatividad y actos de habla, el mundo de los efectos o la pragmática sobre los otros. Amenazar, convencer, prometer, estremecer. Todo lo que nos vincula con otros y nos hace movernos en conjunto: con-movernos (Aguirre). Ahí se fragan los grandes estados de ánimo compartidos, las posiciones frente al mundo, frente a la vida. Pero es también el ámbito político por excelencia, porque el lenguaje interpela, convoca y revoca.

En quinto lugar, el lenguaje es el asentamiento del vínculo humano por medio del derecho. Es el reconocimiento explícito de los vínculos forjados inconscientemente, ahora asentados en una lengua y en un código determinados. En cuanto ley, el lenguaje separa lo legal, lo ilegal y lo indiferente a la ley. Es el elemento de estructuración de las instituciones, es decir, de las estructuras vinculantes fundamentales de las sociedades. Finalmente, en sexto lugar, y no somos exhaustivos, el lenguaje es un sistema de instrucciones. Instrucciones para armar objetos (sin que los elementos deban ser palabras meramente, sino también sensaciones), para armar argumentos, para mover el cuerpo, para dirigir la mirada, etc., y llevar a otros a lugares en donde uno se encuentra. Aquí el lenguaje es formativo, en tanto

que forma las cosas, pero también nos permite transmitir a otros el modo de llegar a ellos, de modo que también ellos son formados.

En sexto lugar, el lenguaje es visto como el sitio que resguarda todos los misterios del sentido del ser. Es visto como creación poética en el sentido romántico del término, es decir, como una producción marcada por su singularidad histórica y geográfica, pero también produciendo un ámbito común que permite un acceso compartido al mundo. Es el lenguaje como el médium de la producción humana pero sin autor determinado.

Las breves caracterizaciones que dimos del lenguaje nos enlazan directamente con el dinero y la informática. El dinero podemos pensarlo, en primer lugar, como un sistema que representa los valores relativos de las cosas. En *El Capital* podemos leer la función más elemental del dinero como un denominador común que garantiza la intercambiabilidad de las cosas. Nadie debe discutir si una vaca vale 20 o 50 kilos de huevo. Los precios son medidas que relacionan a las vacas con los huevos y con todo un universo de mercancías de manera dinámica, de modo que se producen valores objetivos con cierta estabilidad temporal. Se trata de la conmensurabilidad de las cosas en nombre de su intercambio. Capitalistas o no, las sociedades intercambian bienes y servicios porque no hay autosuficiencia asegurada y permanente de los individuos ni de los grupos. La necesidad recíproca, anclada en una finitud fundamental, requiere de los otros y de sus productos. El intercambio es intersubjetivamente vinculante y el dinero provee un lenguaje común para ello. Sin embargo, el valor remite siempre a una producción material, a una mercancía, el cual es introducido al mundo del mercado por el bautismo de su valor.

En segundo lugar, podemos interpretar el dinero como un sistema autónomo de información. En Hayek, crítico acérrimo del marxismo, el dinero es visto de esta manera. Los valores no son el reflejo del trabajo objetivado, sino del *deseo* humano. El mercado se convierte entonces en el sistema social de comunicación de deseos. Es la forma objetiva y socialmente vinculante de la valoración. Economistas más recientes, como Stiglitz y sus colaboradores, han investigado de qué manera se sesgan los resultados del juego del mercado cuando existe asimetría de información. Pero ya incluso antes de ellos, el padre de

la economía política liberal, Adam Smith, decía que el dinero y el comportamiento económico en general eran el modo en que los individuos se expresaban socialmente ahí donde no se establece ningún diálogo directo.

En tercer lugar, el dinero puede ser visto como un elemento que forma parte de la economía (*economy*), el cual podemos modelar científicamente (*economics*) considerando variables como la oferta, la demanda, la inflación, la intervención del Tesoro en el valor de la moneda, los ciclos de crecimiento y contracción, etc. Éste es un mundo de orden matemático regido por la ley secreta del equilibrio. Ésta es la verdadera segunda naturaleza humana: un mundo construido, pero sin conciencia, un mundo humano, pero vivido como extraño e incluso como una naturaleza salvaje, producto humano, pero fuera de nuestro control. Lo que no se puede saber nunca, es cómo acompañar el inevitable equilibrio, con el tiempo, es decir, el tiempo humano. Recordemos la famosa frase de Keynes respecto a la confianza que se tenía en los 1920s en que el mercado se autorregularía: “en el largo plazo todos estamos muertos”.

En cuarto lugar, el dinero puede comprenderse, en estricto paralelismo con el lenguaje, como un sistema de representación de las cosas, pero en *ausencia*. Podemos realizar operaciones económicas sin tener las mercancías en la mano, como sucede en el trueque. Yo puedo cambiar mi mercancía por dinero y cambiar el dinero por cualquier otra cosa gracias a la conmensurabilidad que permite el sistema entre toda mercancía. Es una consideración del dinero que forma parte de otras que ya mencionamos, pero aquí deseamos destacar el poder de separación que tiene el dinero respecto a la presencia. Podemos hacer intercambios sobre mercancías que todavía no existen, es decir sobre promesas. Actualmente también se calcula la probabilidad de pago de un cliente por su historial crediticio, es decir, por su pasado. Todo el tiempo se modifica el curso del dinero según expectativas y registros del pasado. Así se llevan las cuentas de las deudas y es así también como se extienden o no nuevos créditos. Todo el ámbito del capitalismo financiero se aleja de la inmediatez de las mercancías y los servicios para convertirse en un territorio semi autónomo regido por las opiniones que los grandes actores tienen sobre el poder de las empresas. En este nivel el capital funciona como un modo más del poder, ya que ha

ingresado al terreno de la política, la retórica y la opinión, desligándose hasta cierto punto de su base material. Pese a ello, la historia de las burbujas nos ha enseñado que, sin importar cuán autónoma pueda parecer la esfera de los precios, siempre existe una extraña relación con la base material. Un buen día la burbuja revienta, sin que ello signifique que hubiera sido posible asignar precios objetivamente reales, no-distorsionados a alguna mercancía. Y es que siempre hay un día en que alguien le exige algo a alguien. Lo llamamos plazo. Ese día de sentencia, si no hay con qué pagar, o si no existe lo que se vendió, o si se vendió una cosa por otra, todo estalla.

A principios del siglo XX Wiener lo llamó cibernética. Luego se llamó informática. Hoy el nombre en boga es *ciencias de la computación*. Su historia es larga. Data de las máquinas combinatorias de Lull y las calculadoras de Leibniz. Pero realmente comienza con Turing y el paso de la computadora formal a la computadora efectiva. La informática se funda en la lógica y la matemática, pero no es nada sin la técnica para su ensamble material y sin la técnica para su producción masiva, así como para su adaptación a nuevos terrenos de la vida. Distingamos entonces. En primer lugar, la cibernética es lógica matemática. Se relaciona con el problema general de la computabilidad y todo lo que gira en torno de los algoritmos. Se enfrenta con la solubilidad de problemas en general y con el famoso *Haltproblem*, según el cual, dicho de manera muy simplificada, cuando una computadora intenta resolver un problema, no puede decidir si debe continuar, porque todavía no ha encontrado la solución o si debe parar porque el problema es insoluble. Las máquinas de Turing, los sistemas formales que modelan el comportamiento básico de las computadoras (dicho trivialmente: manipular, de acuerdo con ciertas reglas, símbolos *reducibles* a ceros y unos, que se encuentran ordenados secuencialmente en una banda; un cabezal puede leer los signos de la banda y puede también modificarlos; las secuencias de símbolos pueden constituir secuencias más largas de reglas). La hipótesis de la mente como una computadora suele tomar como base este modelo. Es aquí donde toma asiento el problema de la inteligencia artificial.

En segundo lugar, la cibernética atañe a las computadoras que efectivamente han penetrado en nuestra vida: primero como algoritmo, segundo como máquinas concretas (el internet de

las cosas o su *acoplamiento a la red*). En ambos casos se trata de la tecnificación-codificación de la vida. Es la extensión de funciones de procesamiento de información, localización y seguimiento de objetos, uso de mapas y cruce de información a la forma que tenemos de relacionarnos con las cosas y los otros. En ello, es el gran mediador. Si en algún momento discutíamos sobre el carácter híbrido de lenguaje por no pertenecer ni a la materia ni a la idea (sino a ambos y a ninguno), hoy debemos agregar su relación con la informática, que lo hace humano y artificial a la vez. Como el lenguaje, es el gran mediador entre los humanos (precisamente porque es lenguaje “encarnado” en fierros) y poco a poco el gran médium de la existencia. No podríamos entender nada de cómo pudo penetrar la máquina en nuestras vidas, en términos técnicos y prácticos, sin comprender cómo se relacionan ellas con el dinero (y el capitalismo en general) y con el lenguaje. Aquí entra el espionaje generalizado: del gobierno respecto a sus ciudadanos y ciudadanas, de los Estados entre sí, de las empresas a sus usuarios, de las empresas entre sí, de los Estados a las empresas y viceversa y también ese espionaje normalizado en la mirada voyerista que practicamos en las redes sociales. Todos nos miramos entre sí. Para controlarnos, pero también porque gozamos con ello, porque operamos hoy más que nunca como seres miméticos. Consentimos la vigilancia. A veces por pereza, a veces por las comodidades que acarrea, a veces en nombre del miedo y la promesa de seguridad. A veces la pedimos. A veces, incluso, la exigimos. A veces es tan sólo el “precio” del modo de vida que practicamos. Hablaremos más de la inteligencia artificial. Por ahora señalemos el uso de “algoritmos” cada vez más eficientes, capaces de aprender, que operan no solamente en los motores de búsqueda y en los sistemas de reconocimiento (de voz, de huellas digitales, de rostros, de movimiento), sino también en la bolsa, donde en milisegundos se “toman” decisiones sobre la compra-venta de activos.

Valéry escribía hace un siglo sobre la “conquista de la ubicuidad” gracias a la reproductibilidad de las obras de arte, que nos permitiría copiarlas y distribuir las masivamente y reproducirlas en cualquier lugar y momento. Pues ahora lo que hacemos es codificar pensamientos, copiarlos, distribuirlos y hacerlos operar masivamente. El concepto de meme fue acuñado por Dawkins en *El gen egoísta* y se refería a hipotéticas unidades de memoria-información análogas a los genes. Los primeros serían los elementos procesados

por el sistema nervioso y los segundos por el sistema genético. Su hipótesis, aunque limitada, encuentra sustento en la capacidad de copiar y reproducir pequeñas secuencias de reglas, pequeños pensamientos, que llamamos algoritmos y que controlan, sin saberlo, los movimientos de las poblaciones mundiales. Claro, no se le ocurrió pensar que, en el límite, la información se multiplicaría, creando una sorprendente redundancia. Tenemos un archivo de música que probablemente hayamos bajado tres veces. Hay copias de él en todos nuestros dispositivos... y en la nube, por todo estalla. Lo mismo hace cada usuario. Un mismo meme se habrá bajado en 20 millones de celulares en un día. Y así se produce basura informática por redundancia. Copias, respaldos, copias de copias, duplicación de archivos, copias de copias de copias.

En este segundo sentido, la cibernética o informática involucra también el acoplamiento progresivo de la materia a la red (incluida de manera especial la materia viva). No solamente acoplamos un objeto (el celular) a la red, permitiendo ser localizado y enviar y mandar información de manera continua e ininterrumpida. Ponemos chips a los autos y a los refrigeradores; controlamos con computadoras los semáforos de la ciudad, producimos grafos para encontrar el sistema de distribución más eficiente en una ciudad (de productos, de personas, de autos). Entubamos el planeta para construir un complejo sistema digestivo por donde viajaran recursos y desechos. Extendimos un sistema nervioso por el globo para que la información pudiera fluir. Ahora nos acercamos a la ubicuidad informática de facto al confiar no en cables, sino en ondas que pueden viajar casi por todo el espacio a velocidades para nosotros instantáneas. Este recubrimiento nos debería hacer pensar en que no existimos más en una red, sino en un nuevo médium, no vivimos entre cables y nodos, sino en un médium. La red es la matemática discreta que sobreponemos sobre el espacio informático que ya comienza a reconocerse como una nube y como un espacio continuo. Habría que diferenciar los espacios de cobertura, los espacios de interacción, los espacios de conexión, etc. Pero, así como hemos cableado el planeta con un “sistema nervioso-informático” también insertamos la máquina en nosotros. No solamente se encuentra un suplemento para el brazo de una persona, ahora se comienza a reconectarlo para que lo pueda mover con su cerebro, como antes sucedía con su brazo. Que fundiremos los cuerpos

con chips, cables y todo tipo de instrumentos para modificar flujos informáticos es cuestión de tiempo.

Hemos hablado de la dimensión formal (lógico-matemática) y maquina (los aparatos realmente existentes) de la informática. Hemos hablado de su penetración en los objetos y en la carne humana. Hemos hablado del red como nuevo médium y no como instrumento de mediación. Pero hemos dejado de lado, en tercer lugar, la propia materialidad de la tecnología. La tecnología no es un mero instrumento de eficiencia o de control de poblaciones o de dominio sobre las cosas, especialmente en cuanto a sus elementos traducibles a datos. La tecnología requiere de plásticos y cables, de materiales particulares para las baterías y los procesadores. En primer término, la cibernética requiere de materiales particulares, lo que la hace una rama económica tan material y tangible como la explotación petrolera o cualquier minería. El mundo digital opera en muy diversas escalas: individual, institucional privada o gubernamental, Estatal, empresarial (dependiendo del tamaño y giro de las empresas) y, finalmente, la escala de los grandes proveedores (del servicio de internet: ISP, pero también de otros servicios). Los usuarios de toda clase necesitan computadoras: procesadores, armazones, ventiladores, baterías, pantallas, teclados. Eso moviliza un mercado de ciertas materias primas, pero también de componentes y de ensamble. La obsolescencia programada y el ritmo de innovación producen cantidades ingentes de basura. Monitores, CPU, laptops, celulares, baterías. Las grandes compañías que ofrecen servicios de internet de toda clase poseen servidores cuyo consumo energético entra en consideración en el escenario del cambio climático. Existe la fantasía de que la transformación de la experiencia gracias a la virtualidad significa que la existencia misma se ha emancipado de la materia para entregarse a la vida del byte. Por más que un día nuestros contenidos mentales puedan ser codificados por un ordenador, ellos requerirán de algo más que soporte físico. Requerirán de un soporte material que requerirá mantenimiento. No hay hasta ahora máquinas que se reparen, mucho menos que puedan salir a buscar recursos en la tierra y menos que construyan otras máquinas para construir las baterías que necesitan. Próxima película post-Matrix: el tres por ciento de quienes pueden vivir eternamente gracias a que sus mentes son vaciadas en computadoras y un noventa y siete por ciento que trabaja con su humano cuerpo en el mantenimiento de

aquellas máquinas. Todos están conectados a la computadora, pero también hay cuerpos que se mueven y trabajan. Pronto se descubrirá la relación estrecha que hay entre inteligencia y movimiento. Ya solamente la incorporación de ideas topológicas a modelos de inteligencia liberará la idea de espacio para la informática y, así, el paso al movimiento.

3. Lenguaje, dinero, cibernética: puntos de articulación

El lenguaje como sistema de nombres se acopla con el dinero como representación de valores y ambos se pueden codificar de forma común gracias a la informática. De este modo, las palabras pueden ser asociadas a valores (no porque las palabras concretas adquieran un valor, sino que cadenas de palabras, frases, preguntas son puestas en relación con las mercancías en cuanto valorables económicamente y todo ello puede ser capturado, codificado. Es así que el sentido mismo se forma ya entre valores, palabras y bytes. La conquista sobre la presencia que logra el lenguaje funciona de manera paralela a la conquista sobre la presencia del dinero. Eso quiere decir que los mundos virtuales que creamos con la palabra pueden ser alcanzados ahora por el dinero. Para el pasado existen los registros de comportamiento crediticio, es decir, la historia del consumo, incluido el “bueno” y el “malo” (deudas, comportamientos morosos). El futuro puede ser conquistado económicamente por medio de los préstamos, que se dan sobre la promesa de pago y sobre las probabilidades calculadas de pago efectivo. Pero la complejidad de este gigantesco mundo virtual no puede ser ya pensado por nadie. No pertenece a la estructura de la conciencia interna del tiempo fenomenológico. Este mundo se codifica y se procesa masivamente, con toda su complejidad y de manera instantánea gracias a la informática. Para ello es necesaria la vinculación de datos. Smith hablaba de cómo en el capitalismo la división del trabajo es necesaria para aumentar la productividad por unidad de tiempo. El Taylorismo solamente operó con rigor científico la ingeniería de los cuerpos, los procesos y los deseos humanos para ponerlos al servicio de la producción. Pues bien, éste era un saber accesible solamente al capitalista, al propietario, que diseñaba la totalidad del sistema y vinculaba las partes, mientras que reservaba al empleado trabajo que, ahora Marx, llamaría abstracto, es decir, reducido a actividades simples y sin sentido para él. Ahora, el volumen

de la población y la codificación de sus comportamientos, pensamientos y deseos, hace que solamente la computadora integre las cosas. El *big data* significa otorgar a la máquina la síntesis última de información el acceso a la totalidad. La diferencia es que esto no constituye ya un saber, sino una operación. Eso quiere decir que el informático no tiene que entender nada, simplemente debe cruzar bases de datos y esperar las mejores correlaciones, sin tener que hacer intervenir ninguna explicación causal. De la misma manera, a la hora de implementar planes, no necesita pensar demasiado, como sacar conclusiones inmediatas. La complejidad la realiza el programa.

El lenguaje es un sistema de signos y como tal, siempre ha tenido una relación con todo otro sistema de signos, incluida la lógica y el dinero. No es una invención estructuralista el mirar el carácter “maquinal” del lenguaje. No debemos olvidar lo maquínico de la existencia humana misma: sus automatismos, su apego a lógicas de pensamiento y gramáticas al hablar, el carácter inconsciente de las instituciones y las estructuras sociales vinculantes. La gran capacidad poética del lenguaje no está por encima de la gramática y la lógica. Eso no quiere decir que haya un solo juego del lenguaje. Por el contrario, hay gran variedad en el paso del lenguaje a las lenguas y de las lenguas al habla, al igual que aumentan los grados de libertad cuando se pasa de los fonemas a las palabras, de las palabras a las frases y de las frases a los discursos. El dinero es una forma muy abreviada de comunicación. Cuando se compra se dice sí a algo y no a otra cosa, como con una palabra se implica un sentido y se niegan todos los demás. La informática permite reducir esto a un sistema binario que, al combinarse es capaz de codificar cadenas de información más largas y complejas, incluyendo no solamente programas, sino también voz, imágenes o video.

El lenguaje es una relación con el tiempo, un modo de comportarse con la presencia. Lo mismo el dinero. Pero su carácter formal permite capturas parciales por parte de la informática. Sin ello, sería imposible que nuestro deseo se instrumentalizara por medio de las computadoras. Serían meras herramientas y no pasaríamos más tiempo con ellas que con un martillo.

No podemos pasar por alto la relación que hay entre aumento poblacional, expansión demográfica y necesidad de comunicación. Al multiplicar los nodos de una red y sus vínculos, necesariamente se produce más información, es decir, complejidad. Esas relaciones ya no pueden ser comprendidas, controladas por ninguna mente individual. Se requieren sistemas capaces de captar información. Ya el dinero reduce la complejidad de las relaciones para establecer un mundo homogéneo. Pero su crecimiento y complejización requieren de mecanismos de captación, procesamiento y presentación de información. El mundo de la información puede parecer ya un mundo reducido, ahorcado por sintaxis elementales, destinado para el control inmediato de la población, pero se ignora el hecho de que también él (y no sólo el lenguaje y el dinero) crece en complejidad, de modo que la informática busca organizarse a sí misma. Esto es la inteligencia artificial, un modo de autorregulación de las computadoras por medio del aprendizaje. La información no es nada si no se organiza. El negocio del futuro no consistirá en capturar información, sino en interpretarla: códigos organizando códigos. Esta es la función de la autoconciencia desplazada ahora a las máquinas. Ya a nivel individual no es una unidad trascendental de autoconciencia lo que integra la información del mundo. Al no poder recordar todos los teléfonos de todos los contactos que requiero para el trabajo, el ocio y el resto de la vida, requiero de un directorio. Pero mi movilidad corporal, ligada al tamaño de las ciudades y al tipo de trabajo en ellas, necesito moverme con él. Al mismo tiempo, requiero de interacciones con esas personas de mi red, de modo que necesito de teléfono y mensajería. Es así que la unidad de mi ser interactivo no la puedo dar yo mismo. Para ello se inventó el *smart phone*, para realizar la síntesis de mi personalidad social: ahí está TODO (lo que cuenta en ese mundo): trabajo, familia, entretenimiento; lo legal y lo ilegal; teléfono, cámara. Ya no son los sentidos y los conceptos unificados por un yo, sino mecanismos de captación del entorno, mecanismos de codificación y mecanismos de intercambio.

El lenguaje requiere de *iterabilidad* para ser de todos. No hay lenguaje privado. El dinero es también solamente en cuanto es intercambiado, en tanto fluye. La informática permite una ampliación inédita de las capacidades de memoria y procesamiento. Ya no se trata del paso de la lengua viva a la escritura, sino de la escritura en los libros a la escritura codificada del ordenador. Ello recuerda. Fue un descubrimiento del estructuralismo y

especialmente del psicoanálisis reconocer que el inconsciente tiene un carácter maquinal, que significa una autonomía de los pensamientos, en nosotros mismos, pero sin nosotros. Marx mostró también el modo en que el dinero *opera* fuera de la conciencia (que usualmente está atrapada en la ideología) y que la economía supone la autonomización de los pensamientos humanos que han salido de su control. Lo mismo sucede con las computadoras, pero en un nuevo nivel. Mientras pensamos que ahí se opera el orden y el control, no vemos hasta qué punto el mundo se vuelve opaco para nosotros, cómo los pensamientos que automatizamos en las máquinas y los enlaces que privilegiamos, significa la producción de un nuevo inconsciente.

4. Dos problemas concretos

A. Inteligencia artificial

Para la humanidad la inteligencia artificial es un escándalo. Por un lado, se piensa que ésta, lejos de ser una inteligencia, es una estupidez institucionalizada que no tendría otra función que modelar nuestros hábitos y conductas, corporales y mentales de acuerdo con patrones estrechos de razonamiento. Pero, por el otro, mientras se denuncia el aspecto reductor que las máquinas tienen en el comportamiento humano, se teme la rapidez con la que éstas asumen tareas humanas, especialmente de naturaleza cognitiva. Entendemos todavía muy poco de cómo se entremezcla nuestro ser máquina y nuestra dimensión simbólica, con la carne, el deseo, el azar y la invención. No debería asombrarnos que las máquinas hagan cosas. Más sorprendente es que se cansaran, por ejemplo, o que se aburrieran de realizar siempre lo mismo. No deberíamos temer tanto que las máquinas realicen operaciones, jueguen ajedrez o compongan canciones (según el sistema tonal y las reglas de composición que nosotros les metimos, junto con innumerables modelos de ello), sino que deseen. Ese es todo el punto de *2001: Odisea del Espacio*, de Kubrik. Las computadoras no tienen experiencia ni deseo. Y cuando lo lleguen a tener, entonces, serán humanos y no máquinas, entonces todo su poder de procesamiento será inútil porque caerán

estúpidamente enamoradas de otra computadora y dejarán de procesar correctamente los datos. Estrellarán naves espaciales y se suicidarán.

Heidegger reconoció que la máxima instancia técnica era la cibernética. Hoy la llamamos inteligencia artificial. Cibernética viene del griego “dirigir”. Como anillo al dedo, pues para Heidegger la técnica no tiene otro fin que el control de las cosas, ponerlas a *disposición* de nosotros, humanos trabajadores febriles. En suma: es control y cálculo. De aquí salen todos sus vástagos. Foucault y los dispositivos como mecanismos de control y disciplina. Byung-Chul Han y las sociedades de rendimiento y autoexplotación que han interiorizado el mandato de productividad, que no es sino el ponerse a sí mismo a disposición del capital. Pero hay que poner atención a la paradoja de la tecnología, al hecho de que su complejización deriva en resultados opuestos a los planeados. La información se utiliza, sin duda, para controlar mercados, mercancías, deseos y cuerpos. Pero la complejidad que introducen produce nuevos niveles de caos y desorden. Lo vio Iván Illich a propósito de los coches: se crearon para ir más rápido. Pero su compra masiva produjo tráfico y, con ello, una disminución de la velocidad promedio de los cuerpos, cayendo por debajo de la de una bicicleta, además de los problemas de contaminación y ruido. ¿Cómo hablar de un Estado todopoderoso que controla a los individuos o de una ciencia que somete las cosas a sus designios? En los planes más pequeños siempre sale algo mal. El éxito del capitalismo no procede de su capacidad de control, sino de su capacidad de seducción y autoorganización. El comunismo fue el experimento del control y la planeación. Antes de que el capitalismo fuera denunciado como un modo de totalitarismo, donde los humanos son forzados a la homogeneidad por medio del adoctrinamiento y el control y donde las cosas son producidas en serie de manera idéntica en grandes fábricas regidas por la razón instrumental, era ésta la crítica del mundo occidental al comunismo. Occidente se presentaba como el mundo de la libertad, sobre todo por el *libre flujo del deseo*. Occidente era pasional, abierto a la subjetivación del goce, mientras que el comunismo representaba la razón instrumentalizada y la vida sometida al control de la planeación central. El capitalismo era a-subjetivo, es decir, un mercado de intensidades sin cabeza estatal; un mundo de libre flujo -llamado mercado- sin un “significante trascendental” que le dictara a dónde ir.

Y no entenderemos nada del capitalismo contemporáneo si no vemos cómo se acopla con la informática. Deseamos por medio de la pantalla: productos, pornografía, fotos de amigos y amigas, perfiles en redes sociales, etc. Hacemos circular dinero por la red no por comprar en línea, sino porque los bancos, que guardan la nómina, operan ya con redes informáticas, cruzando información, comprando y vendiendo activos según predicciones de sus algoritmos. El capitalismo está asociado a la conquista del tiempo y el espacio. Reducir el tiempo promedio de trabajo para la producción de una mercancía es su meta. No se pueden reducir las distancias, pero se puede acortar el tiempo de desplazamiento. Poco de los cuerpos, enormemente en el caso de la información. La cibernética codifica el tiempo y el espacio y los analiza para encontrar el camino más corto y más rápido: entre dos puntos del espacio, entre dos pensamientos, entre dos personas. Y nada de esto habría sido posible si no hubiese existido, desde siempre, una dimensión formal y “maquínica” en nosotros.

Las computadoras ejecutan pensamientos automatizados. Lo llamamos programas o algoritmos. Pero igual de importante es cómo nosotros pensamos para la máquina y no sólo que la máquina piense para nosotros. Si logra operar un sistema de vigilancia global por medio de las computadoras no es como instrumento en propiedad de alguien. Nosotros, en conjunto, promovemos nuestra encarcelación. *Nosotros, como sociedad* pedimos a alguien que nos cuide de los feos. *Yo soy big brother cuando veo tu perfil de Facebook* y no solamente Mark Zuckerberg y compañía. La vigilancia no es de “ellos” o de “él” contra nosotros. Todos nos observamos. Anunciamos y denunciemos. El control es control solicitado de unos contra otros, consciente o inconscientemente, de manera clara o ambigua. De otro modo, si no podemos asegurar el comportamiento de una máquina, ¿cómo podríamos controlar la sociedad si ella no participara? Y si la grandes máquinas piensan no es sólo porque las alimentemos con datos genéricos, sino porque las alimentamos con pensamientos y juicios. No se capturan datos sueltos, sino secuencias de comportamiento, que suponen secuencias de lenguaje, secuencias de pensamiento, curso temporal de nuestro ánimo (visible en nuestras *playlists*), de nuestra atención, de nuestras interacciones sociales, etc. Revelamos comportamientos, asociaciones, vínculos, interpretaciones. Y ese es el material, pensamientos, con el que las máquinas piensan.

B. La privatización del vínculo social

La virtualidad de las redes apunta hacia la conquista del futuro y la producción de un campo de dominio y segregación apenas venidero. El dinero no sólo representa el valor de las mercancías, sino que fácticamente permite el intercambio económico “en ausencia”. Gracias al dinero es posible realizar intercambios entre mercancías que son solamente futuras y de naturaleza probable. El límite de la virtualidad del dinero en nuestros tiempos lo encontramos en la compraventa de deuda, lo famosos “derivatives”, donde vemos especulación sobre especulación. Sí, se apuesta por el fracaso de la economía de lo más desfavorecidos, pero se apuesta, de manera especial, por su dependencia a futuro. El mundo contemporáneo conquista el futuro por medio del sistema simbólico del dinero. O, más claramente, algunos conquistan su lugar en el mercado por la conquista del futuro que logran imponer a otros por distintos modos de endeudamiento. Internet agudiza esto porque el objetivo ya no consiste en dominar el futuro por la fuerza, sino por la *producción* de un consumidor futuro, por la producción de los deudores del mañana.

Las grandes compañías de internet ganan dinero comerciando con datos. Eso lo sabemos. Llamamos capitalismo de vigilancia (“surveillance capitalism”) al modo de proceder de empresas como Google, Twitter o Facebook por los datos que recaban de los usuarios. Pero el término es impreciso, por decir lo menos. Pero el objetivo principal de estas empresas no consiste en vigilar, sino en seducir para captar. La publicidad opera con la sutileza de todo señuelo. Como dice el dicho: si el producto no cuesta es que la mercancía eres tú. ¿En qué sentido somos nosotros la mercancía? Una empresa gana dinero con cada cliente individual, pero razona de manera global. Para ello, se necesitan grandes volúmenes de datos. Lo que se compra es información masiva. ¿Qué se gana con ello? En conjunto somos animales de costumbres, predecibles, estables. No necesitamos que nadie nos normalice. La publicidad ayuda a ello, pero no es su causa. Con todo hemos llegado al punto en que la mercancía incluya ya la publicidad para otra: la segunda parte de una película o el posicionamiento de productos en ellas, los aditamentos para mi licuadora o la expansión de una app. Estamos asediados publicitariamente gracias al internet en mi celular, mi computadora y quizá después en nuestro refrigerador, tostadora, regadera e inodoro. Para predecir masivamente

intereses, patrones de consumo, correlaciones (entre mercancías, mercancías e ideas, ideas y revistas, entre inclinación política y estilo de alimentación, etc.) hay que preguntar. Y no solamente somos observados en nuestros *clicks*, sino que somos sometidos a encuestas disfrazadas todo el tiempo. *Lo que revelamos son los vínculos sociales invisibles de la virtualidad*. Qué con qué, quién con quién, de dónde a dónde, por cuánto a tiempo, en qué ritmo o tasa. Relaciones y relaciones de relaciones. Pues bien, nosotros no vemos nunca el *big picture* que genera el *big data*, sino que quedamos cautivos de nuestra pequeñísima parcela de interacciones. Solamente Google y Facebook y sus similares ven las grandes tramas de información, las analizan, las procesan, y las revenden ya interpretadas. Es evidente que hoy el juego del mercado se trata de poseer los medios de producción y la información del mercado.

Las grandes empresas todavía no ganan lo que pueden ganar. Están preparando a sus consumidores futuros. Están generando la dependencia tecnológica y gozosa que será necesaria para mantenernos perpetuamente pegados al dispositivo. Se están generando los enlaces entre las cosas para que todo esté interconectado y pueda capturarse valor de forma más brutal. El economista neoliberal Fernando de Soto tuvo una idea tan genial como escalofriante: si los pobres no consumen tanto hay que forzarlos. ¿Pero cómo si no tienen nada? Demos títulos de propiedad para hacerlos propietarios. Sus casas carentes de valor se hicieron mercancías. En poco tiempo las “perdieron” (les fueron arrebatadas por el salvaje mercado). El mercado de la tierra es finito. Y por más que se construya hacia arriba y hacia abajo, hay un límite. Lo mismo pasa con toda mercancía que está atada a la singularidad de lo material o a lo perecedero de ciertas cosas (como los alimentos). Pero el mercado se puede expandir hacia lo simbólico y lo virtual, hacia lo imaginario y las sensaciones.

Resulta así que el trabajador, el producto y el consumidor son el propio sujeto. El sujeto trabaja con su entretenimiento y comportamiento social otorgando sus datos a las empresas. Él consumirá el resultado de ese trabajo en las redes, que son más productos virtuales y digitales. Pero él no es el consumidor que pide tal o cual cosa, sino el consumidor que es producido para querer tal o cual cosa. Así se convierte en producto. Además, es un producto en un sentido adicional. Una empresa de internet no lucra vendiéndole cosas a la

personas, sino en cobrar a las personas por sus vínculos con otros y consigo mismos. Si al hacer un “amigo” en Facebook contribuimos a la riqueza de una empresa, eso significa que *ella lucra con el vínculo social*. Internet es un espacio de interacciones que cobra peaje y que en el camino forja mi subjetividad en cuanto que condiciona mi cerebro a descargas de dopamina, introduce un ritmo de pensamiento, de movimientos oculares, me entrena para realizar cierto tipo de asociaciones y modos de razonar que, por ser exitosos (me sirven para usar la red eficazmente) y repetidos innumerablemente resultan seleccionados por mí mente y generalizados. *El mercado logra la captura del futuro por el grillete de la deuda. Las redes logran la captura, explotación y privatización del vínculo social.*

Para ello, se opera con la estructura básica de la necesidad primero, luego adicción. Internet me permite calmar mi soledad al ofrecerme redes sociales. Pero las redes sociales me aíslan más. Por lo que me sumerjo más en ellas. Hasta que su espacio constituye la gran parte de mi esfera social...y de consumo, hasta que ambas coinciden. Es decir: la primera inteligencia de estas empresas consiste en saber leer lo que más queremos o necesitamos. El trabajo se ha vuelto aburrido. Entonces se ofrece entretenimiento. La calle se ha vuelto peligrosa para que salgan los niños. Entonces se ofrece un canal para infantes. La pandemia no nos deja salir a trabajar. Entonces se refina el teletrabajo. Pero pronto, ese mundo se extiende hasta convertirse en *el mundo*, subordinando o “subsumiendo realmente” lo que queda fuera de él. Si el dinero era el mediador universal que permitía intercambiar mercancías, el código binario de las computadoras es el mediador universal de las relaciones humanas, el denominador común que nos permite intercambiar emociones, deseos, intenciones, miradas, atención. Pero en cuanto que los caminos por donde todo ello circula son privados, entonces debemos pagar peaje para mantener nuestras relaciones sociales, sean laborales, familiares o de recreación.

5. Reflexiones finales

Hemos mostrado algunos puntos fundamentales de articulación entre el dinero, el lenguaje y la informática. Podemos verlo como la articulación contemporánea entre mercado, cultura

y técnica. Este tipo de análisis está encaminado a vincular diferentes esferas que solemos tratar con independencia. A nadie sorprende decir que lenguaje y dinero son sistemas simbólicos o sistemas de intercambio de información. Tampoco sorprende a nadie resaltar el hecho de que los computadores funcionan esencialmente con la versión más formalizada del lenguaje. Pero si hiciésemos las conexiones no pondríamos el lenguaje a la técnica, reservando la poesía para el primero y la técnica al segundo. El lenguaje posee un elemento estructural, formal, “maquínico” que le permite copiarse en toda una población. Éramos ya máquina antes de inventar una. Pero este acontecimiento de producir una máquina fuera de nosotros, de darle energía a un “inconsciente” es un acto inédito. Si entendiéramos cómo es que el capitalismo contemporáneo se realiza a través de la virtualidad informática comenzaríamos a contemplar la posibilidad de que ahora sean los algoritmos y no la ambición subjetiva lo que producirá las nuevas burbujas inmobiliarias. O al menos entenderíamos que mientras más extendemos el mundo hacia regiones virtuales, el capital lo sigue para crear ahí nuevos nichos de mercado. Y viceversa, la expansión virtual del dinero exige la creación de nuevos programas, algoritmos, portales de inversión y de consumo.

Apenas comenzamos a entrever todo esto. Nos queda claro que la informática y la inteligencia artificial constituyen hoy el principal brazo del capitalismo, que con ellos se espía con fines políticos y comerciales. Pero tampoco podemos perder de vista cómo se producen por momentos espacios de libertad, experimentación y flujos no-dirigidos. No podemos olvidar las paradojas internas a todo sistema informático. No debemos olvidar lo “maquínico” de la existencia humana. Comenzamos a entender que las redes sociales son solamente un *scout*, un elemento de avanzada que otea el terreno sobre el cual se librarán grandes batallas económicas y sociales.